

PALOMAS DEL INFIERNO

por
ROBERT E.
HOWARD



7.1
NAR
mp
R 8305
00008-305

I

Un silbido en las tinieblas

Griswell se despertó bruscamente. Una especie de hormigueo recorría todo su cuerpo, y presentía la amenaza de un peligro. Miró, aturdido a su alrededor. No recordaba, de momento, dónde se encontraba ni qué era lo que hacía allí. Los rayos de la luna se filtraban por las ventanas cubiertas de polvo. El enorme cuarto vacío, con su elevado techo y abierta chimenea, tenía un aspecto espectral. Luego, al irse disipando la bruma con que el sueño le había envuelto el cerebro, recordó dónde se hallaba y cómo había llegado allí. Volvió la cabeza y miró a su compañero, que dormía en el suelo, a su lado. Juan Branner no era más que un bulto, apenas visible en la oscuridad que la luz de la luna no llegaba a disipar por completo.

Griswell intentó recordar qué era lo que le había despertado, no se oía el menor sonido en la casa, salvo el melancólico ulular de un buho, allá lejos, en los pinares. Por fin lo recordó. Se trataba de un sueño, de una pesadilla tan terrible, que el temor le había despertado. Recobró, rápidamente, la memoria y la visión se destacó, visiblemente, en su cerebro.

O... ¿sería un sueño? No cabía la menor duda de que tenía que haberlo sido; pero tan extrañamente se había mezclado con acontecimientos recientes, que era difícil saber dónde acababa la realidad y empezaba la fantasía.

En sueños, parecía haber revivido con todo lujo de detalles sus últimas horas de vigilia. El sueño había empezado, bruscamente, en el momento en que Juan Branner y él, llegaban a la vista de la casa en la que ambos se hallaban acostados. Juan Branner y él habían bajado, dando tumbos, por la desigual carretera que atravesaba los pinares, lejos de su hogar de Nueva Inglaterra, en busca de un sitio donde pasar, distraídos las vacaciones. Habían visto el viejo edificio, con sus galerías y balconadas, rodeado de maleza y arbustos, en el preciso momento en que se ponía el sol detrás de la casa. Dominó su fantasía, alzándose, negro y desnudo, contra el cielo coloreado por la puesta de sol. Los pinos parecían formar una serie de barrotes delante de él.

Estaban cansados y hartos del traqueteo y de los tumbos que daba el coche al recorrer, durante todo el día, los primeros caminos del